

Easy Podcast: *Cafés de tertulias, Una tradición literaria en extinción*

Un detalle tan sencillo como tomarse una café delata la naturaleza de una cultura. En varias partes del mundo, se toma un café para socializarse, conversar con los amigos y relajarse; mientras que en los Estados Unidos el café se lo ingiere por la cafeína como estimulante y es -generalmente- un acto solitario. En varias capitales europeas del siglo XIX y principios del XX, las ideas se discutían bajo las lámparas de los cafés literarios y, en torno a sus mesas de mármol, nacieron importantes obras literarias que sustentan el patrimonio cultural de lo que hoy conocemos como modernidad. Lastimosamente, de aquellos foros, en los que se debatían algo más que letras, queda sólo el aroma de la nostalgia. ¡Quédate a escuchar la tradición literaria de los cafés madrileños!

El café nació en Arabia y conquistó Occidente en el siglo XVIII, colándose en los salones como bebida exótica. Aquella infusión tonificante tenía un poder de convocatoria tan inspirador que la siguiente centuria no dudó en acogerlo como el principal invitado en la fiesta de las letras. Los italianos fueron los primeros en poner de moda los “cafés de artistas”. Era un modo de oficializar lo que los escritores llevaban siglos haciendo en pequeños grupos, en oscuras tabernas, fondas, casas y hoteles de lujo. El primero fue el legendario Café Florian de la plaza de San Marcos, en Venecia, frecuentado por Byron, Proust y Dickens. Pronto, otras ciudades europeas acogieron con gusto la fiebre de la tertulia cafetera. Madrid, meca de las letras hispanas, fue una de ellas. Todo aquel que quería consagrarse en la escritura en el mundo hispanohablante visitaba en algún momento de su trayectoria la capital española y se dejaba ver en esos nuevos establecimientos muy de moda en esos tiempos. Los cafés madrileños

se convirtieron en los lugares de reunión de los intelectuales, artistas y mentes más brillantes del mundo hispano de la época.

Las tertulias (reunión de personas que se juntan habitualmente para conversar sobre algún tema), eran presididas por poetas, novelistas y dramaturgos importantes, quienes solían introducir a otros artistas jóvenes para que expusieran ante un público experto sus creaciones literarias. El famoso escritor español Pío Baroja recomendaba a los escritores novatos: “Vaya a Madrid y póngase a la cola” si querían tener éxito.

En las tertulias había mucha presión social y la participación era importante. Los tertulianos o contertulios, como se llamaba a los participantes de las tertulias, criticaban muy duro a aquél que no acudía a una tertulia o llegaba tarde. De este modo, todos se tomaban en serio la asistencia al club. La cita era diaria, a primeras horas de la tarde o por la noche. Algunos escritores pasaban mucho tiempo en los cafés, tanto que incluso recibían su correo personal en estos establecimientos. En los cafés tenían a su disposición plumas, tinta, papel e, incluso, servicio de mensajería en bicicleta.

El confort de los salones de esa época atraía también a aquéllos artistas no tan reconocidos que pasaban frío y hambre por amor a su arte. De hecho, Picasso en sus primeros años en París (cuando no era tan famoso) frecuentaba los cafés no solo para codearse con otros pintores, sino para comer. Muchos artistas sobrevivían gracias a la dosis diaria de café y tostada que se servía en los cafés.

Cada escritor tenía su tertulia favorita, aunque había quien prefería hacer la ronda por varias de ellas. Los cafés se popularizaron tanto en Madrid que a finales del siglo XIX llegó a haber hasta una quincena de cafés literarios en el



área de la Puerta del Sol de esa ciudad. Entre los más populares estaba el Café del Príncipe, donde los escritores del Romanticismo tenían la tertulia de El Parnasillo. Allí podía verse a destacados escritores como Zorrilla, Espronceda y Larra, quien era famoso por sentarse a observar a los clientes para redactar sarcásticos artículos costumbristas de la España de su época. Hoy en día aún podemos encontrar algún café con ese espíritu artístico en Madrid como el Café Central, famoso por sus conciertos de jazz.

En estas reuniones de artistas, científicos y pensadores se polemizaba sobre todo tipo de temas: ciencia, costumbres y política, lo que llevó a muchos enfrentamientos verbales y físicos. El famoso escritor Ramón María del Valle-Inclán perdió su brazo izquierdo en una riña en el Café la Montaña, en Madrid, en julio de 1899, tras una discusión con el escritor Manuel Bueno. Valle-Inclán se fracturó el brazo al intentar protegerse de un golpe con bastón, la herida se infectó y gangrenó, requiriendo la amputación, aunque él mismo alimentó la leyenda del percance de formas más dramáticas.

A pesar del desdichado incidente, Valle-Inclán no desistió de seguir asistiendo a estas tertulias cafeteras junto a sus compañeros de la generación del 98: Benavente, los hermanos Machado, Azorín y el poeta nicaraguense Rubén Darío, entre otros. (La generación del 98 era un movimiento artístico que nació a raíz del trauma cultural que sufrió España por la derrota de la Guerra Española-Americana de 1898 en la que perdió sus últimas colonias y su estatus de imperio). Todos esos artistas frecuentaban el Café de Madrid, el de Fornos y el de Levante. Aquel ambiente tertuliano quedaría plasmado por el escritor Pío Baroja en sus memorias. "Era un muestrario de tipos raros, que se iban sucediendo: literatos, periodistas, aventureros, policías, curas de regimiento, cómicos, anarquistas; todo lo más barroco de Madrid pasaba por ellas."

Ya en el siglo XX, los escritores de vanguardia se tomaron el Café de Pombo, donde se prohibió hablar de política, un tema que había tomado demasiado protagonismo en otros cafés. En este salón, que el pintor Solana inmortalizaría en su conocido cuadro: *La tertulia del café del Pombo*, los nuevos y los ya consagrados artistas alternaban con científicos de la talla de Marañón y artistas como Picasso. El paseo de Recoletos, muy concurrido cuando llegaba el buen tiempo, acogió una serie de locales en los que se gestó la Generación del 27. La Cervecería de Correos, el Café Lyon, el Gijón y el de Recoletos sirvieron a Lorca y sus contemporáneos de lugar de reunión e intercambio de inquietudes artísticas.

Llegaron los trágicos años treinta y poco a poco, la polarización ideológica que avivó la Guerra Civil española y las guerras europeas de los años cuarenta y principios de los cincuenta cambió el espíritu de las tertulias. Al tiempo que cambiaban las lámparas de gas por la iluminación eléctrica, fue mermando el espíritu literario de los cafés. Quizás la desaparición de estos espacios de discusión intelectual era una víctima más de los totalitarismos de esos tiempos.

Al otro lado del charco, como se refieren los españoles a las Américas, los cafés, que habían sido también el hogar de los intelectuales, sirvieron de refugio a los exiliados de los totalitarismos europeos. Buenos Aires reunió en el café Tortoni a la bohemia que pasaba por esa ciudad. Lo mismo sucedía con el Café Windsor en Bogotá, El Floridita en La Habana y el Ágora en México, entre muchos otros.

En la segunda mitad del siglo XX, el emblemático Café Gijón logró sobrevivir al naufragio tertuliano madrileño y continuó siendo el lugar de reunión de la intelectualidad de la época. El lugar era frecuentado por el Premio Nobel de



Literatura Camilo José Cela, el reconocido actor Fernando Fernán Gómez y el célebre periodista y escritor Francisco Umbral entre muchos otros.

Entonces brota una pregunta: Los nuevos artistas, intelectuales, periodista y científicos de hoy no solo están separados, sino ocultos. ¿Dónde se reúnen, piensan, observan, discuten...?

En el mundo hispanohablante, el fenómeno de la tertulia se conserva aún en librerías, bibliotecas, museos, foros de Internet y programas de radio y televisión (en los que se habla más de política que de corrientes artísticas). Estas citas suelen ser esporádicas, con ocasión de la presentación de algún libro, premio literario o suceso de actualidad, y precisan de una convocatoria previa, vía correo electrónico, redes sociales u otros medios de comunicación. Pero estas reuniones son completamente distintas a la intersección de talentos e ideas de hace un siglo.

Hoy en día, el café, fiel aliado de la lentitud en otro tiempo, se toma en las barras de los bares a toda prisa, o aislado frente a una máquina. Los oscuros cafés de antaño con sus bulliciosas conversaciones, humo, y genuino interés por el arte y las ideas ha dado paso a un hiperindividualismo digitalizado con hogares confortables pero fríos y espacios digitales multitudinarios pero sin alma, y anónimos, horrendamente anónimos.

Nota: texto tomado y adaptado de la la revista Punto y Como, número 24, páginas 32-34.